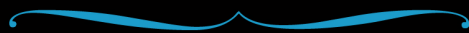


Vito Mancuso



YO  
Y  
DIOS



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

---

VITO MANCUSO

# Yo y Dios

Traducción de  
Coral Romà

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

---

## Prólogo

Me elevo con la mente hasta un punto por encima del planeta y lo contemplo desde lo alto, como si fuera la primera vez, como cuando veo una película y me pregunto cuál es su mensaje. ¿Cuál es el mensaje de la vida de los hombres en la Tierra? Con la mente allá en lo alto, libre de los esquemas mentales habituales, desnuda frente al misterio del ser, en el momento presente, imagen de cualquier otro momento de la historia, miro a los hombres, mis prójimos, metidos en el misterio de la existencia.

Veo a seres humanos que nacen y a seres humanos que mueren, sometidos como todas las otras formas de vida al ciclo del devenir; veo a dos jóvenes que se besan y se sienten inmortales, y a un viejo que está solo, a quien ya nadie quiere y de quien ya nadie sabe; veo a una mujer que me escribió contándome que sufre desde hace ya demasiados años a causa de una parálisis cada vez más devastadora y que ahora solo quiere morir lo más pronto posible, y veo a otros seres humanos alimentados artificialmente y que respiran artificialmente, pero que, sin embargo, no han perdido las ganas de vivir y de seguir existiendo. Veo a hombres que trajinan como hormigas en las aceras de las metrópolis, y a otros que están solos en lugares desiertos. Veo tratos sexuales de todo tipo, por amor, por dinero, por maldad, por aburrimiento o por el simple y tan natural anhelo de placer. Veo a niños que se atiborran de comida artificial y a otros que se mueren de hambre. Veo una mesa puesta con gracia, el mantel recién lavado, los cubiertos en su sitio, las copas para el agua y el vino, las servilletas inmaculadas, y a una mujer que se regocija de poder servir la comida a sus seres queridos. Veo a una chica que toca una pieza de Bach con su violonchelo y a jóvenes que se llenan los oídos con sonidos que no pueden llamarse música, porque no tienen nada que ver con las musas. Veo luchas por el poder, dictadores asesinos, terroristas igual de asesinos, y veo a quienes combaten y mueren por la justicia, mártires de la libertad. Veo campos de

concentración y campos de exterminio, *Lager*, gulags, *laogai*, donde se priva a seres humanos de toda dignidad y se los extermina con la misma meticulosa atención y soberana indiferencia con que se eliminan los piojos, y veo hospitales y clínicas donde seres humanos son colmados de toda dignidad y lavados, alimentados, acariciados con la meticulosa atención y el afecto más delicado que se reservan a los hijos. Veo ritos milenarios y liturgias arcanas, junto a blasfemias furiosas y a otras pronunciadas como si nada, como quien dice «¡anda!». Veo a oportunistas indignos que se aprovechan del nombre de Dios, a otros que son un luminoso reflejo de él, y a algunos a quienes les es del todo indiferente. Veo el bien y el mal que los hombres y las mujeres son capaces de generar y que a menudo es casi imposible distinguir; veo el paso del tiempo que todo lo corroe, y el prodigio de algunas obras humanas que consiguen incluso triunfar sobre el tiempo. Veo una historia sin sentido que se nutre de la sangre de seres humanos y animales, y veo un progreso indudable en términos de bienestar y de justicia. Veo la belleza y la deformidad, veo una naturaleza que es madre y a veces madrastra, un cielo estrellado que atrae y a la vez asusta, con su frío infinito.

Veo todo esto, y muchas otras gracias y muchas otras deformidades, y me pregunto si este teatro tiene un sentido unitario, y cuál es. Esta vida que nos ha tocado vivir al nacer, sin saber por qué, tiene mil razones para ser una gracia, y otras mil para ser una desgracia: pero ¿qué es en verdad? ¿Qué es una gracia, o una desgracia?

Luego veo a mis muertos. Cada uno tiene sus muertos. Abuelos, padres, amigos, hermanos. Hay seres humanos a los que les es dado vivir la muerte de un hijo, y no existe dolor más grande. Y ante los muertos, frente a quienes no se puede mentir, planteo la cuestión de la verdad: ¿es bueno o malo que hayan existido, que hayan vivido, que hayan aparecido en este mundo? Si al fin y al cabo hay que morir, ¿es mejor nacer o no nacer, haber existido o no haber existido jamás, ser o no ser? Y luego me pregunto qué ha sido de ellos, precisamente ellos, cada uno distinto del otro, irrepetible, con su voz, su sonrisa, la luz peculiar de su mirada. Podría describir a todos mis muertos, uno por uno, como cada uno podría describir a los suyos, porque están dentro de nosotros y nadie, nunca, nos separará de ellos. Pero ¿qué es verdad, al fin, para mí y para ellos en esta vida que se va, nadie sabe adónde?

Responder a esta pregunta significa hablar de Dios. De Dios en cuanto fundamento y dirección del ser, principio y puerto de todas las

cosas. Sin embargo, el problema es que hoy en día no solo *hablar* de Dios, incluso *pensar* en Dios, se ha vuelto algo casi imposible, sobre todo si, hablando de él y pensando en él, no se quiere *llevar la contraria* o *prescindir* del mundo. Hoy en día, el pensamiento de Dios que todavía sobrevive a menudo subsiste como contraposición y enemistad con el mundo, o como sueño o ilusión de uno separado, completamente diferente del mundo real y por consiguiente consolador y tranquilizador. Por eso, todos los que piensan, los no creyentes y también los creyentes, sienten la necesidad de «una destrucción del ídolo metafísico e imperial que tomamos por Dios».<sup>1</sup>

Mantener a la vez un pensamiento responsable sobre Dios y un pensamiento recto sobre el mundo resulta casi imposible, y por tanto hay quien elige a Dios por desdén o, más a menudo, por miedo al mundo; y hay quien elige el mundo por desdén o, más a menudo, por aburrimiento de Dios; algunos, en cambio, no eligen ni lo uno ni lo otro, porque tal vez a estas alturas ya no sienten aquella exigencia radical del alma que alguien llamó «hambre y sed de justicia».

Este libro nace de la conciencia de la gravedad de los tiempos que Occidente está viviendo. Hablo de gravedad porque todas las grandes civilizaciones lo han sido solo en la medida en que han conseguido una armonía entre el saber de Dios, o de lo divino, como sentido total del vivir y jerarquía de los valores, y el saber del mundo, como experiencia concreta de la naturaleza y de la historia. Todas las grandes civilizaciones se han fundado en la armonía entre el sentido último de las cosas y la experiencia concreta de la vida, entre síntesis vital y voluntad analítica. Por este motivo, una religión alejada de la sociedad se convierte en algo simplemente inútil; y por la misma razón, una sociedad sin raíces religiosas se encuentra a merced del caos, es corroída por el nihilismo o, incluso peor, por el afán especulador. Hoy ya no se cultivan las utopías de la modernidad, que buscaban la sociedad perfecta fruto de la unión entre la ciencia y la nueva política. Hoy en día las utopías están muertas, y desgraciadamente parece que con ellas han desaparecido también los ideales.

Esta ausencia a veces origina una especie de depresión colectiva de la esperanza y de la imaginación social y, lo que es peor aún, una desconfianza de fondo respecto a la humanidad en sí misma. Interpreto,

1. Paolo De Benedetti, *Quale Dio? Una domanda dalla storia*, Brescia, Morcelliana, 1996, p. 9.

en este sentido, el deseo de los hombres de evadirse de su ser humano y de llegar a la nueva frontera del *post-humanism*, sea lo que sea que quiera expresar este concepto, que algunos pronuncian con gélida satisfacción sin darse cuenta de que quizá están aserrando la rama en la que se sientan. Hay que saber que lo que se pone en juego en el concepto clásico de *humanism* es la libertad. En estas páginas defendiendo la libertad, el concepto decisivo que está en juego detrás del pronombre personal Yo. *Yo y Dios* hubiese podido titularse asimismo *La libertad y Dios*, porque al fin y al cabo lo que pretendo hacer con el conjunto de mi trabajo es una teología de la libertad, de la libertad como amor. Este libro defiende la libertad contra la doble amenaza del autoritarismo religioso y del cientificismo negador del libre albedrío. Contra los que quieren reprimir la libertad desde arriba y aquellos que la quieren negar desde abajo, afirmo que nuestra riqueza irrenunciable de ser *human* consiste en la capacidad de llegar a ser libres.

Este ensayo nace de la conciencia de la gravedad del momento presente y de la exigencia interior de refundar, frente a las perplejidades actuales, el pensamiento sobre Dios, entendido como verdad de la vida del mundo. Durante siglos, la fundación del pensamiento sobre Dios en Occidente se ha llevado a cabo a partir de la Iglesia y de la Biblia. Aun hoy, el planteamiento dominante sigue esta doble vía, Iglesia + Biblia o, en el caso del protestantismo, Biblia + Iglesia. Este libro sigue un sendero distinto, pretende hablar de Dios a partir del Yo, y pretende hacerlo no dentro de las murallas de una institución sino al aire libre de la libertad de pensamiento, con el convencimiento de que «solo tienen valor los pensamientos que surgen *mientras andamos*».<sup>1</sup> Su objetivo principal hace de estas páginas una obra de teología fundamental en el sentido propio del término, ya que pretende reflexionar sobre el *fundamento* del discurso humano sobre Dios. Pero el hecho de llevar a cabo este trabajo teológico a partir de un Yo situado al aire libre lo hace distinto, quisiera decir *ecológico*: uno de sus objetivos principales es hacer limpieza, según el procedimiento que la escolástica denominaba *pars destruens*.

La teología fundamental se estructura tradicionalmente en tres grandes pilares: fe, revelación e Iglesia. ¿Cuál es el más importante? La fe, porque de ella depende la aceptación de la revelación y de la Iglesia.

1. Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo* [1888], Madrid, Alianza 2010.

Sin embargo, al decir «fe» se remite no a una única dimensión, sino a dos: a los contenidos doctrinales creídos y al acto personal del sujeto que cree en ellos. ¿Qué es más importante, la dimensión objetiva-doctrinal o bien la subjetiva-personal?

Como mostraré en este libro, el planteamiento católico oficial no deja lugar a dudas: es más importante la dimensión objetiva-doctrinal de la fe definida y custodiada por la Iglesia. De ello se infiere que el fundamento del catolicismo (que debería ser la fe) a fin de cuentas es otro: es el poder eclesiástico, para ser precisos, el pontificio con su *Magisterium*. Ser católico hoy equivale a prestar obediencia al Papa. Por esta razón, el estatuto oficial de la fe católica ha adquirido a lo largo del tiempo un carácter intelectualista, bastante autoritario y muy poco liberador.

Con esta publicación aspiro a poner otro fundamento mucho más íntimo, que se encuentra dentro de nosotros mismos, jugando la partida de la vida y de su sentido como un encuentro entre Yo y Dios. Es a partir de aquí que se desarrollará la *pars construens* de este trabajo, cuyo núcleo central se estructura sobre el sentimiento del misterio que envuelve la vida y sobre el «milagro» del bien (pongo milagro entre comillas porque remite al uso kantiano del término, como el lector descubrirá más adelante). Mi objetivo es contribuir a que la mente contemporánea pueda volver a pensar *a la vez* en Dios y el mundo, en Dios y Yo, como un único sumo misterio, el de la generación de la vida, la inteligencia, la libertad, el bien, el amor. Para mí, esta es la única manera de ser fieles a ambos, a Dios y al mundo, y de alcanzar aquella serenidad interior que es el verdadero tesoro del cielo, «donde la polilla no destruye, ni las cosas se echan a perder, ni los ladrones entran a robar». Porque, seguía diciendo el maestro, «donde esté tu riqueza, allí estará también tu corazón».

---

## CAPÍTULO I

### Perplejidad

#### UN NO CREYENTE MUY PECULIAR

En su larga vida, Norberto Bobbio se definió siempre como lejano a la fe, a veces explícitamente no creyente: «Yo no soy un hombre de fe, soy un hombre de razón y desconfío de todas las fes [...]. No soy un hombre de fe, tener fe es algo que pertenece a un mundo que no es el mío [...]. Yo no creo».<sup>1</sup> Pero en un texto especialmente delicado, «Ultime volontà» (publicado en *La Stampa* el 10 de enero de 2004, al día siguiente de su muerte), el gran filósofo turinés se atrevió a escribir: «No me considero ni ateo ni agnóstico. Como hombre de razón, no de fe, sé que estoy inmerso en el misterio que la razón no consigue penetrar hasta el fondo, y que las distintas religiones interpretan de varios modos».<sup>2</sup> Creo que es inevitable notar una sensación de incertidumbre, si no de confusión: ¿cómo definir a un hombre que dice explícitamente que no cree, pero que al mismo tiempo se niega a definirse como ateo o incluso como agnóstico?

La condición de uno de los pensadores más importantes de nuestro tiempo, en cuanto a su relación con lo divino, es sintomática, diría un médico. Es decir, es el síntoma de algo insólito respecto a la fisiología común de la mente: no de un error lógico, no de una imperfección moral, pero sí ciertamente de una anomalía. Indica una condición en la que reina la perplejidad. Así se describía ya en los célebres versos de *Fausto*: «¿Quién puede confesar: “Creo en él”? ¿Quién, siendo capaz

1. Norberto Bobbio, «Religione e religiosità», *MicroMega. Almanacco de filosofia*, 2, 2000, pp. 7 y 9.

2. Norberto Bobbio, «Ultime volontà», ahora en «Cronologia», al cuidado de Marco Revelli, en Norberto Bobbio, *Etica e politica. Scritti di impegno civile*, proyecto editorial y ensayo introductorio de Marco Revelli, Milán, Mondadori, 2009, p. cxxv.



de sentir, puede osar atreverse a exclamar: “No creo en ti”?».<sup>1</sup> La diferencia consiste en que Goethe era una excepción en su tiempo, mientras que Bobbio refleja la situación de muchos. En efecto, la mayoría de las personas sienten que ya no pueden creer como lo hicieron las generaciones precedentes y como les proponen las doctrinas oficiales de las religiones establecidas, pero al mismo tiempo no pueden renunciar al impulso vital y al gusto positivo del mundo que subyace a la dimensión religiosa que ha acompañado desde siempre el camino de la humanidad. La dogmática eclesiástica ya no representa la tensión espiritual del alma contemporánea, que no quiere decir que este alma pierda la confianza global en la vida que la fe en un Dios tutela y acrece. Motivo por el que hoy nos sentimos «laicos», pero no «ateos ni agnósticos», si serlo significa apagar el sentimiento de vivir «inmersos en el misterio».

¿Cuál es pues el resultado? Que nos hallamos en una especie de tierra de nadie, en la incómoda condición de ser «desagradables a los ojos de Dios y los de sus enemigos» (*Infierno*, III, 63), como dijo de mí un señor al final de una conferencia, no recuerdo si con tono elogioso o denigrante. Sea como sea, la situación es esta, es inútil darle más vueltas, hay que tener el valor de mirarla a la cara. Un hipotético termómetro de la temperatura espiritual indicaría «perplejidad», algo parecido a aquellos fastidiosos 37 grados que aún no son fiebre pero que ya no son salud. Es una condición, pienso, que no puede vencerse por alguna prédica o encíclica, o gran evento mediático, ni tampoco a través de una conferencia, o experimento o ecuación; es una condición con la que hay que aprender a convivir, que hay que aceptar como «signo de los tiempos» y de la cual hay que partir para encontrar la senda adecuada para seguir avanzando en la vida. Además, no es la primera vez que la humanidad se enfrenta a una situación de este tipo.

Moisés Maimónides nació el 30 de marzo de 1138 en Córdoba, en aquella Andalucía musulmana a menudo celebrada como lugar de perfecta convivencia de las tres religiones monoteístas. De donde, en cambio, su familia tuvo que huir a causa de la persecución de los nuevos dominadores musulmanes, los almohades, mucho menos tolerantes que los dominadores anteriores, los almorávides (lo que demuestra que

1. Johann Wolfgang Goethe, *Faust* [1831], *Marthens Garten* (Giardino di Marta), v. 3435, edición italiana al cuidado de Guido Manacorda, Milano, BUR, 2005, p. 265.

a menudo las religiones pueden asumir tendencias muy variadas según el carácter y los intereses de quien las profesa). Entre 1180 y 1190 escribió su obra maestra, la *Guía de perplejos*, un título que me conmovió enseguida, pues sentí que correspondía al sentido total de la existencia humana, desde siempre en busca de un punto firme para vencer la perplejidad de la mente sumida en el oleaje de la vida. Maimónides explica así el motivo que le había llevado a escribir su guía, «en cuanto a la presente obra, yo me dirijo con ella a los que han practicado la filosofía y conocen de verdad las ciencias, pero también creen en la Ley y están perplejos frente a sus significados».<sup>1</sup> Con su libro se dirigía a algunos doctos judíos que, por fidelidad a su tiempo, se habían abierto a los nuevos conocimientos filosóficos y científicos, pero a la vez querían permanecer fieles a la Torah; es decir, se dirigía a unos pocos privilegiados que, habiendo entrado en contacto con el saber más avanzado, ya no conseguían conciliarlo con la imagen bíblica del mundo. Más de ocho siglos después, la situación de la mente occidental presenta relaciones de fuerza opuestas, hoy la condición mayoritaria es la de aquellos pocos privilegiados de antaño. La casi totalidad de los creyentes es la que ya no se reconoce en los dictados de la fe y de la moral oficial, y la perplejidad, que en tiempos de Maimónides afectaba a un círculo reducido de doctos, hoy invade la conciencia de la mayoría.

Para entender quiénes son los perplejos a quienes se dirige mi libro, es suficiente una breve consideración etimológica. «Perplejo» es un término antiguo que, como la mayor parte de las palabras que utilizamos, proviene de nuestros antepasados romanos, quienes indicaban con *perplexus* lo que resultaba a sus ojos «intrincado, sinuoso, tortuoso». La raíz procede del verbo *plectère*, que significa «trenzar, trabar», con referencia inmediata al arte del tejer. Cuando los hilos de una tela estaban bien entretejidos, nuestros antepasados decían que eran *plexi*; por el contrario, cuando estaban mal entretejidos y resultaban intrincados y confusos, decían que eran *perplexi*. De ahí el término tomó el sentido figurado que tiene habitualmente en nuestra época en las principales lenguas europeas, y se refiere a seres humanos «vacilantes, dudosos, irresolutos».

Indagando en mí mismo, dialogando con mis amigos, leyendo libros y periódicos, me parece que puedo afirmar que la perplejidad de

1. Moisés Maimónides, *La Guida dei perplessi*, 6,10, «Introduzione alla parte prima», edición italiana al cuidado de Mauro Zonta, Turín, Utet, 2005, p. 75.

muchos nace del hecho de que los hilos del cuadro mental presentan una doble proveniencia: por un lado, el patrimonio doctrinal y ético de creer en Dios y en lo divino (que, existencialmente hablando, como argumentaré a continuación, se traduce en el primado ontológico del bien y de la justicia); y por el otro la experiencia del mundo como vida cotidiana y como saber. En la mente de quien experimenta esta doble exposición, a la fe en el Sumo Bien y a la experiencia concreta del mundo, se entretejen hilos muy variados, a veces contrapuestos. El resultado son pensamientos reacios a volverse *plexi* en el tejido de la mente, de los que hablaba Italo Mancini, citando a Dostoyevski: «es terriblemente difícil luchar contra estos dobles pensamientos».<sup>1</sup>

Al fin y al cabo no debería ser tan difícil resolver el problema, bastaría excluir una de las dos fuentes de los hilos del cuadro mental. Por ejemplo razonando así: «¿Dios? ¿Jesús? ¿La Iglesia? ¿Bien? ¿Justicia? ¡Chico, despierta! Abre los ojos, ya eres mayor. ¿Dónde está este Dios omnipotente y justo del que hablas? ¿Dónde está tu Jesús resucitado, con sus promesas de estar siempre a tu lado y de regresar un día desde el cielo? Espabila, chico, ya es hora de que entiendas que el mundo es solo materia gobernada por la fuerza, nada más, también tu Iglesia lo es, muy material y muy amiga del poder y de la fuerza, ¿o es que no lees los periódicos? Ya es hora de que abandones estas hipóstasis y esta retórica de las mayúsculas, no existe el Bien, existen solo varios bienes provisionales, no existe la justicia, solo opacas tentativas de justicia, tienes que abandonar estos oscuros conceptos abstractos, herencia de la ridícula metafísica del pasado». O bien, por el contrario, razonando así: «¿El mundo? ¿Los tiempos modernos? ¿Las otras religiones? ¿Una justicia solo humana que no haya sido fecundada por la gracia de Cristo que brota del sacrificio de la cruz? Todo eso no tiene nada que ver con la verdadera fe católica que nos fue entregada por la secuencia ininterrumpida de la tradición apostólica a lo largo de los siglos. Recuerda que no se puede amar a Dios y amar el mundo, y que está escrito que quien quiere ser amigo del mundo se convierte en enemigo de Dios. ¿Ecumenismo? ¿Diálogo? ¿Comparación? Existe una única salvación, la que desciende de la cruz de Cristo, que nos llega a través de los sacramentos de la Iglesia católica. Tenemos una tradición de veinte siglos a las espaldas que ha condenado muchas veces pensamientos

1. Italo Mancini, *Frammento su Dio*, al cuidado de Andrea Aguti, Brescia, Morcelliana, 2000, p. 118, donde el autor cita *El idiota* de Fiódor Dostoyevski.

como los tuyos, tachándolos de herejías, ¿quién te crees que eres para ponerla en duda ahora? La verdadera fe en Dios es solo la católica, y la fe católica se halla donde está el Papa: *ubi Petrus ibi Ecclesia*».

Existen personas que razonan de este modo, son los creyentes y los no creyentes de una pieza, gente de fe granítica y de no fe igual de granítica. Pero aunque son activos y vigorosos, son minoría. En todo Occidente la mayoría de la gente no renuncia a creer en Dios y en los valores de la vida espiritual, pues se declara creyente el 75,4 % de los europeos y el 83 % de los americanos,<sup>1</sup> así pues la mayor parte de la población introduce hilos celestiales en su tejido mental; pero sin renunciar al ejercicio autónomo de la razón cuando se trata de valorar las cosas de la vida, incluso las cuestiones morales y filosóficas, y como consecuencia suman hilos terrestres a los celestiales. El resultado es una mente constelada de interrogantes y de puntos suspensivos.

Considero que esta condición impone a la teología proceder con gran rigor, analizar en profundidad cada concepto, incluso aquellos bien consolidados como fe, religión o Dios. Pero antes de hacerlo me parece oportuno intentar entender cuál es, hoy en día, la situación del título «Dios» en la bolsa de valores del mundo.

## ALGUNOS DICEN QUE HA REGRESADO

En su autobiografía, Bobbio cuenta que un día en una pared del metro de Nueva York apareció la pintada siguiente: «God is the answer!» (Dios es la respuesta). Y que, al día siguiente, justo debajo, se podía leer: «What was the question?» (¿Cuál era la pregunta?).<sup>2</sup> Suerte que

1. Extraigo el dato europeo de «European Values Study», edición 2008, y el americano de la óptima voz «Religion in the United States» de Wikipedia English. En cuanto a Italia, los datos son sorprendentes. De acuerdo con los últimos dos informes Eurispes, tendríamos que en 2005 el 87,8 % de los italianos se declaraba católico (*Corriere della Sera*, 18 de enero de 2006), mientras que en 2010 el dato total de los creyentes sería del 76,5 %, siempre poco superior a la media europea, pero espantosamente menguante respecto a cinco años antes. La misma tendencia a la baja, aunque menos acentuada, se registra en los datos del ocho por mil destinado a la Iglesia católica (89,82 en 2005; 86,05 en 2006; 85,01 en 2007; los datos de que dispongo, extraídos de *La Repubblica* del 11 de junio de 2010, se terminan aquí).

2. Norberto Bobbio, *Autobiografía*, 1997, p. 138..

no pasaba Martin Heidegger por allí, pues no habría perdido la ocasión de añadir: «Es más aconsejable renunciar no solo a la respuesta, sino incluso a la pregunta misma».<sup>1</sup>

Sin embargo, los seres humanos se guardan bien de seguir el consejo del severo filósofo de la Selva Negra, que por otra parte ni él mismo ponía en práctica, pues cuatro años más tarde, en una entrevista concedida al semanario *Der Spiegel*, declaró: «A estas alturas, solo un Dios puede ayudarnos a hallar una salvación».<sup>2</sup> Exactamente como Heidegger, los seres humanos siguen planteándose preguntas y buscando respuestas sobre Dios con la esperanza de hallar una salvación.

Es más, precisamente parece que hoy en día el interés por Dios y por la religiosidad está aumentando (que no siempre coincide con el interés por la Iglesia y por la religión establecida), en contra de lo que se creía hasta hace algunos decenios. Así lo afirma un testigo no sospechoso y bien informado, como es el director de *La Repubblica*, Ezio Mauro: «Hay que decir que en estos años hemos asistido, y no solo en Italia, al gran regreso de la religión en el discurso público y en el espacio político, después de que parecía confinada a una dimensión privada».<sup>3</sup> Hace unos quince años Gianni Vattimo, tras subrayar que «Dios vuelve a ser un término muy central de nuestra cultura», ya ofrecía una explicación filosófica de este fenómeno, «el caso es que el fin de la modernidad, o en todo caso su crisis, ha conllevado también la disolución de las principales teorías filosóficas que pretendían haber liquidado la religión: el cientificismo positivista, el historicismo hegeliano y luego marxista. Hoy ya no existen plausibles razones filosóficas fuertes para ser ateos, o en todo caso para rechazar la religión».<sup>4</sup>

Quizá esto explique el aumento paralelo de la hostilidad hacia la religión, manifestado por autores como (por orden alfabético) Dawkins, Dennet, Harris, Hitchens, Odifreddi, Onfray y otros; y hasta los

1. Martin Heidegger, conferencia del 31 de enero de 1962 en Friburgo de Brisgovia con el título «Zeit und Sein», en *Zur Sache des Denkens*, Tübingen 1969, p. 21; tomo la cita de Hans Küng, *Dio esiste? Risposta al problema di Dio nell'età moderna* (trad. Giovanni Moretto), Milán, Mondadori, 1979, p. 554.

2. Martin Heidegger entrevistado por *Der Spiegel*, en *Scritti politici (1933-1966)*, al cuidado de François Fédiér, edición italiana al cuidado de Gino Zaccaria, Casale Monferrato, Piemme, 1998, pp. 283-284.

3. Ezio Mauro y Gustavo Zagrebelsky, *La felicità della democrazia. Un dialogo*, Roma - Bari, Laterza, 2011, p. 131.

4. Gianni Vattimo, *Credere di credere*, Milán, Garzanti, 1996, pp. 16-18.

letereros de los autobuses que circulaban entre finales de 2008 y principios de 2009 en algunas ciudades como Londres, Washington, Barcelona o Génova:

- en versión inglesa, la original: «There's probably no God. Now stop worrying and enjoy your life» (Probablemente Dios no existe. Deja de preocuparte ya y goza de la vida);
- versión americana, la de más buena fe: «Why believe in a god? Just be good for goodness' sake» (¿Por qué creer en un dios? Sé bueno solo por amor a la bondad);
- versión castellana, la más fiel a la original: «Probablemente Dios no existe. Deja de preocuparte y disfruta de la vida»;
- versión catalana, en línea con la versión española: «Probablement Déu no existeix. Deixa de preocupar-te i gaudeix la vida» (Probablemente Dios no existe. Deja de preocuparte y disfruta de la vida);
- versión italiana, la más rebuscada: «La cattiva notizia è che Dio non esiste. Quella buona è che non ne hai bisogno» (La mala noticia es que Dios no existe. La buena es que no lo necesitas).

¿Todavía siguen circulando aquellos autobuses? Me parece que no, ya que la publicidad cuesta dinero y por lo que parece las asociaciones ateas que hay por todo el mundo no reciben suficientes donativos. Una vez más, la campaña atea fue solo la respuesta a una iniciativa religiosa precedente de algunos grupos fundamentalistas, para quienes, evidentemente, no bastaban las iglesias y los demás lugares destinados a los comunicados religiosos y tomaron la poco acertada decisión de meter la religión en medio del tráfico.<sup>1</sup> Sea como sea, agrade o no, la religión crece, y crece como ella quiere, no como quisiera yo.

La fuente principal en la que me baso para hablar del crecimiento de la religión es el libro de dos periodistas del semanario *The Economist*, John Micklethwait y Adrian Wooldridge: *God is Back*, (Dios ha regresado), subtítulo: «Cómo el *revival* global de la fe cambiará el mundo».<sup>2</sup> Privilegio esta fuente por la autoridad de los autores y por una cierta garantía de objetividad, ya que uno es católico y el otro ateo.

1. Tomo la información de Hans Küng, *Ciò che credo* [2009] (trad. Chicca Galli), Milán, Rizzoli, 2010, p. 39.

2. John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *God is Back. How the Global Revival of Faith Will Change the World*, Nueva York, Penguin, 2009.

Micklethwait y Wooldridge señalan que, hasta hace pocos decenios, en el panorama mundial se daba una neta prevalencia de los partidos políticos caracterizados por el ateísmo: la Unión Soviética y los demás países del Pacto de Varsovia (Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania del Este, Polonia, Rumanía, Hungría), la Yugoslavia de Tito y la China de Mao Zedong. Incluso entre los países más tradicionalmente connotados desde el punto de vista religioso, había regímenes que se podrían definir como laicistas: la Turquía de Kemal Atatürk, la India de Jawaharlal Nehru, el Egipto de Gamal Abdel Nasser, el Irán del sah Reza Pahlavi. Hoy el escenario ha cambiado. La Unión Soviética ya no existe y Rusia tiene un líder, Putin, que además de exhibir vistosas cruces ortodoxas cultiva una alianza estratégica con el patriarcado, ha re-introducido la religión en la enseñanza escolar y, según un sondeo de 2006, tras más de setenta años de un régimen que persiguió sistemáticamente a los creyentes, el 84 % de los rusos declara que cree en Dios. Entre los países de la exYugoslavia destaca la hipercatólica Croacia, pero en Serbia se vuelve a enseñar religión en las escuelas después de medio siglo de no hacerlo. En Turquía, a pesar de la laicidad que deseaba Atatürk, gobierna un partido islámico. Lo mismo vale para el resto del mundo musulmán, donde, empezando por la revolución islamista de 1979 en Irán, los movimientos religiosos han vuelto a desempeñar un rol determinante. En el Estado de Israel, fundado originariamente sobre raíces laicas y a menudo en conflicto con la ortodoxia religiosa, los rabinos y los partidos religiosos han ido asumiendo una importancia política cada vez más decisiva. Así lo comentaba Abraham B. Yehoshua a principios de 2011, sin esconder su amarga sorpresa:

¿Quién habría pensado que en mi ciudad natal, Jerusalén, se introduciría la separación entre mujeres y hombres en algunas líneas de transporte urbano? ¿Quién habría pensado que los ultraortodoxos “conquistarían” barrios enteros en varias ciudades prohibiendo a sus seguidores alquilar pisos a los árabes? El regreso al judaísmo no se expresa solo mediante el estudio de textos antiguos, sino con la existencia de dos partidos políticos controlados por viejos rabinos que imparten órdenes e instrucciones a miembros de la Kneset y a ministros del gobierno sobre cómo comportarse y qué votar.<sup>1</sup>

1. Abraham B. Yehoshua, «I giorni bui de un Israele nazionalista», *La Stampa*, 24 de enero de 2011.

En la India, en los últimos años, ha gobernado el partido nacionalista hindú, expresión de una ideología llamada *hindutva* (literalmente, «indianidad»), que subraya con tal fuerza la identidad hindú que a veces genera fenómenos de intolerancia hacia exponentes de otras religiones, como atestiguan los incidentes del año 2008 en la región de Orissa. Incluso en China, país aún formalmente comunista, la religión tiene un rol cada vez mayor: los dos periodistas del *Economist* citan un sondeo de 2006 según el cual solo para el 11 % de los chinos la religión es una falsedad (como enseñó durante años el régimen comunista), mientras que el 31 % declara que tiene un papel importante o muy importante en su vida. Según otra encuesta, esta vez de 2005, el 56% afirma que la religión es importante.

Por lo que se refiere a Europa, no puede dejar de sorprender que Nicolas Sarkozy, antes de convertirse en presidente del estado emblema de la laicidad, escribiese un libro titulado *La République, les religions, l'espérance*, (publicado en 2004 en Éditions du Cerf, editorial propiedad de los dominicos), donde afirma que hay que otorgar a la religión un mayor papel en el espacio público. En el discurso con motivo de la visita de Benedicto XVI a París el 12 de septiembre de 2008, el expresidente francés declaró la necesidad de abandonar la *laïcité négative*, tan hostilmente perjudicial a la religión, para pasar a una *laïcité positive*, caracterizada por el diálogo entre el Estado laico y las tradiciones religiosas: «La laicidad positiva, la laicidad abierta, es una invitación al diálogo, a la tolerancia y al respeto [...], y es legítimo que la democracia dialogue con la religión».<sup>1</sup> Añádase a eso la fe declarada por la actual canciller alemana Angela Merkel y por los primeros ministros ingleses laboristas Tony Blair, convertido al catolicismo, y Gordon Brown, anglicano. En cuanto al actual *Prime Minister* del Reino Unido, el conservador David Cameron, en una entrevista concedida cuando aún estaba en la oposición, declaró: «Soy cristiano, voy a la Iglesia, creo en Dios», aunque quiso precisar que su política no tenía finalidades explícitamente religiosas. Pero lo interesante es otra cosa. A la pregunta sobre si su fe había sido puesta a prueba alguna vez, Cameron respondió haciendo referencia al nacimiento de su primer hijo, Ivan Reginald Ian, en 2002 con una grave enfermedad genética y que

1. Nicolas Sarkozy, Discurso de 12 de septiembre de 2008. Cfr. también *La república, las religiones, la esperanza: conversaciones con Thibaud Collin y Philippe Verdin*, Gota a Gota, Madrid 2006.



moriría menos de dos años después (la entrevista se hizo el 26 de julio de 2007, Ivan Reginald Ian Cameron murió en Londres el 25 de febrero de 2009). «Te preguntas, si existe un Dios, por qué puede ocurrir algo así». Respecto a su fe, aquella enfermedad, «de alguna manera al final acabó reforzándola».<sup>1</sup>

En este escenario no sorprende que en Estados Unidos, donde la religión nunca ha estado realmente en declive, el componente religioso del electorado cuente cada vez más, tanto entre los republicanos como entre los demócratas. Los presidentes americanos siempre han prestado mucha atención a la religión. John Adams y Thomas Jefferson, que polemizaron más que otros con las iglesias, lo hicieron en nombre de una fe más pura en Dios, que hallaron en el credo del unitarismo. Por lo que se refiere a nuestros días, los últimos presidentes americanos han manifestado su fe religiosa de modo explícito; como Richard Nixon, Jimmy Carter, Ronald Reagan, George Bush, Bill Clinton, George W. Bush y Barack Obama.

Obama se presenta en su propia autobiografía como un cristiano convencido, que llegó a la fe en la edad adulta por elección personal, pues sus padres no le habían educado en la religión. Así lo declaraba en una entrevista el 27 de septiembre de 2010:

Soy cristiano por elección. Mi familia no lo era, no eran de los que acuden a la Iglesia cada semana. Mi madre era una de las personas más espirituales que he conocido, pero no me llevaba a la Iglesia. Así pues, yo llegué a mi fe cristiana más tarde, y lo hice porque los preceptos de Jesucristo se correspondían precisamente con el tipo de vida que yo quería llevar: ayudar a mis hermanos y hermanas, tratar a los demás como me gustaría que me trataran a mí. Además, creo que comprender que Jesucristo murió por mis pecados nos revela la humildad que todos debemos tener como seres humanos [...]. Todo lo que tenemos que hacer es ver a Dios en las otras personas y hacer todo lo que podamos para ayudarles a hallar su gracia. Por esto es por lo que lucho. Por esto es por lo que rezo cada día.<sup>2</sup>

1. La entrevista a David Cameron en el *Daily Mail* se puede consultar en: [www.dailymail.co.uk/news/article-471083/The-birth-disabled-son-tested-faith-Cameron.html](http://www.dailymail.co.uk/news/article-471083/The-birth-disabled-son-tested-faith-Cameron.html)

2. Barack Obama, «I am a Christian By Choice» (Soy cristiano por elección), *ABC News*, 29 de septiembre de 2010, citado en la voz «Barack Obama» de la versión inglesa de la Wikipedia. Cfr. también Barack Obama, *La audacia de la es-*

Llegados a este punto, alguien podría objetar que la fe personal de un líder político no dice nada sobre la religiosidad de todo un país. Pero la cuestión no es tanto la fe personal de cada político en particular (de la cual solo Dios sabe), sino más bien la exhibición *pública* de esta fe, exhibición que un político de ese nivel no haría nunca si no esperase sacar algunos réditos en términos de conformidad con la ciudadanía. Y por lo tanto, es legítimo considerar que las declaraciones de fe de los distintos líderes mundiales son indicativas de un aumento del interés por la religión.

¿Y en Italia? Dejando de lado cualquier consideración sobre los líderes políticos actuales, hay que anotar el sorprendente éxito de público de algunos eventos recientes:

- la exposición de los restos mortales del padre Pío en San Giovanni Rotondo, de abril de 2008 a septiembre de 2009, con seis millones de visitas,
- la exposición de la Sábana Santa en Turín, del 10 de abril al 23 de mayo de 2010, con dos millones de visitas,
- la ostensión del cuerpo de san Antonio en la basílica de Padua, del 15 al 20 de febrero de 2010, con 200.000 visitas en cinco días,
- la beatificación de Juan Pablo II en Roma el 1 de mayo de 2011, con un millón y medio de peregrinos.

Esta situación global explica el escenario enunciado por Micklethwait y Wooldridge, quienes citan un estudio sobre las tendencias futuras de la adhesión mundial a las cuatro mayores religiones (cristianismo, Islam, budismo e hinduismo):

- año 1900 = 67 %;
- año 2005 = 73 %;
- año 2050 = 80 %.

Si les añadimos las otras religiones (sintoísmo, taoísmo, judaísmo, jainismo, sijismo...), parece que es preciso concluir que, dentro de algunas décadas, el planeta estará casi enteramente habitado por perso-

---

*peranza: reflexiones sobre cómo restaurar el sueño americano*, Península, Barcelona 2008 y del mismo autor, *La mia fede. Come riconciliare i credenti con una politica democratica*, Venecia, Marsilio, 2008.

nas que declaran tener una religión. *God is back*, concluyen los dos periodistas. ¿Pero verdaderamente Dios ha regresado?

## UNA RELIGIÓN SIN CULTURA

Si se admite que Dios ha regresado, hay que preguntarse *qué* Dios ha regresado. Más allá de los datos sociológicos y de la dimensión cuantitativa, más allá del hecho de que hoy las religiones tienen indudablemente mayor alcance geopolítico respecto a algunos años atrás, más allá de este nivel horizontal, ¿podemos decir de verdad, mirando el mundo que se perfila ante nuestros ojos, que *God is back*? ¿Dónde estaría este Dios que ha regresado entre nosotros? ¿En los autocares que abarrotan los lugares de peregrinación y los santuarios? ¿En el gentío de los eventos papales, de las beatificaciones y de las Jornadas Mundiales de la Juventud? ¿En el hecho de que los parlamentos votan leyes más atentas a los intereses de la institución de la Iglesia y que los políticos que antes se casaban según el rito céltico y veneraban la ampolla con agua del dios Po<sup>1</sup> hoy prefieren hablar de crucifijos y raíces cristianas? A mí me parece que, en realidad, en estos casos quien ha regresado es el Dios *humano, demasiado humano*, una invención del hombre, un buen aglutinante social, funcional al poder de la política.

El Dios de la tradición en realidad ya no puede regresar. El Dios que ha regido la conciencia occidental durante casi dos milenios, el Dios que guiaba a los ejércitos y frente al cual se celebraba la misa con el triunfal *Te Deum* tras las victorias militares; el Señor de la historia que estaba detrás de cada acontecimiento; el Dios de la Providencia que elegía a los reyes y a los emperadores, según afirmaba san Pablo («No hay autoridad que no venga de Dios», *Romanos 13,1*); el Dios del *De civitate Dei* de san Agustín, que guiaba el destino de los pueblos hacia el completo sometimiento a la Iglesia de Roma. Aquel Dios ya no puede volver. Después de los millones de inocentes masacrados con total indiferencia celestial, es simplemente imposible hablar todavía de un Dios de la Providencia histórica. Primo Levi escribió: «Solo por el

1. Se refiere al matrimonio del político italiano Roberto Calderoli, de la Liga Norte, celebrado según unos supuestos ritos célticos en septiembre de 1998; y a un ritual que celebra anualmente Umberto Bossi con una ampolla de agua del río Po. [N. de la T.]

hecho de haber existido un Auschwitz, nadie debería hablar en nuestros días de Providencia». <sup>1</sup> Y a propósito de «ciudad de Dios», ¿aún queda alguien que considere probable cristianizar, o mejor dicho, catolizar, el mundo; es decir, que más de mil millones de musulmanes se conviertan en fieles seguidores del Papa de Roma; y que los hindús, con una religión diez siglos más antigua, y los judíos, con una religión ocho siglos más antigua; y los budistas, con una religión cinco siglos más antigua, se vuelvan católicos romanos? ¿Todos católicos romanos? ¿A alguien le parece aún sensato cultivar sueños de este tipo? Y sobre todo, ¿le parece *justo*? Si con «ciudad de Dios» se quiere decir la reunificación del género humano en la Iglesia católico-romana, como desea la tradición católica, creo que hay que cambiar de programa lo más rápidamente posible. El mundo ya lo ha hecho.

Tampoco puede regresar el Dios dominador de la naturaleza, el que descuella en la mente de los creacionistas que se toman al pie de la letra los relatos de la creación del *Génesis* 1-2. Según los cuales, el mundo existiría desde hace menos de seis mil años, de modo que el año 2011 es en realidad el año 5771 de la historia del universo, según el calendario religioso judío, que cuenta los años desde el primer día de la creación (aunque un obispo irlandés del siglo XVII, James Ussher, llegó a establecer, tras analizar con más profundidad los textos bíblicos, que el año de la creación fue en realidad el 4004 a. C., el 23 de octubre para ser exactos).

Ni siquiera puede regresar el Dios que gobierna las pequeñas cosas de la vida cotidiana, aquel Dios que cuenta nuestros cabellos y sin la voluntad del cual no cae al suelo ni uno de los pájaros del cielo, como pensaba Jesús:

¿No se venden dos pajarillos por una pequeña moneda? Sin embargo, ni uno de ellos cae a tierra sin que vuestro Padre lo permita. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de la cabeza los tenéis contados uno por uno. Así que no tengáis miedo: vosotros valéis más que muchos pajarillos (*Matteo* 10, 29-31).

Cada día nos llegan noticias sobre enfermedades incurables que se abaten sobre niños y mayores sin ninguna distinción moral, sobre incidentes y calamidades de todo tipo, una avalancha de noticias de suce-

1. Primo Levi, *Se questo è un uomo*, Turín, Einaudi, (1947), 1989, p. 140.

sos acerca de hijos que matan a sus padres, padres que matan a sus hijos, accidentes mortales en las carreteras, en el trabajo, en el mar, en la montaña, por todas partes. ¿Quién puede contemplar el mundo y sostener con veracidad y honradez intelectual la idea de un gobierno providencial y justo sobre los seres humanos individualmente por parte de Dios, incluida la atención por cada uno de sus cabellos? Cuando era niño vi por primera vez a mi abuela sin pelo como consecuencia de la quimioterapia. La madre de mi madre, que se llamaba Leonarda Santannera, había tenido siempre una hermosísima cabellera negra, que le llegaba hasta la espalda, aunque de costumbre llevaba los cabellos recogidos en la parte superior de la cabeza con horquillas, formando lo que en su dialecto ella llamaba *tuppo* (tupé, francesismo de *toupet*). Aquellos cabellos que, no obstante, algunas veces yo veía sueltos en toda su longitud cuando mi abuela se peinaba. Mi abuela Leonarda, religiosísima, con sus libros de plegarias y su rosario, que yo de niño vi sin cabellos... No solo el Dios de los grandes escenarios históricos y naturales, el Dios «de las pequeñas cosas», que a fin de cuentas son para todos nosotros la realidad más concreta que existe, tampoco es capaz de regresar.

Para rebatir estas observaciones extraídas de la vida diaria, creo que ya no se puede emplear el argumento utilizado mayoritariamente por la conciencia religiosa tradicional, es decir, el habitual recurso al «misterio», el más clásico *refugium theologorum*. Como se verá más adelante, el misterio tiene un papel decisivo en mi pensamiento, pero solo a condición de distinguirlo cuidadosamente del enigma y, sobre todo, de no utilizarlo repetidamente contra la inteligencia. Por lo demás, si la jerarquía de la Iglesia católica no estuviese seriamente molesta frente a la pérdida de conformidad con su doctrina y su visión del mundo, no habría fundado un nuevo organismo para intentar atajar la situación, como hizo el 21 de septiembre de 2010 con la creación del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización. Lástima que, hasta ahora, lo único *nuevo* que hay, además del propio ministerio vaticano, sea el adjetivo que destaca en la denominación. Ya veremos.

En resumen, se está produciendo un renacimiento religioso o, mejor dicho, espiritual, pero atención, la cualidad de la religión más difundida no alcanza para interpretar el mundo real y por eso no sabe producir cultura. Cultura no en el sentido de erudición, sino como visión y sentimiento del mundo, en forma de filosofía, música, arte, lite-

ratura; cultura como visión y sentimiento de la naturaleza y de la historia, capaz de conciliar el saber y el creer, de fundar el creer sobre el saber y el saber sobre el creer, en aquel círculo virtuoso que en el pasado hizo grande a Occidente y que se expresaba tradicionalmente con las fórmulas agustinianas *credo ut intelligam* (fundación del saber sobre el creer) e *intelligo ut credam* (fundación del creer sobre el saber). Esta falta de fundamento y esta incapacidad de elaboración cultural convierte a la religiosidad en una vencedora inestable e insegura: como una casa cimentada sobre la arena, que diría Jesús. Por eso la religión hoy es vivida mayoritariamente como cerrazón y como defensa, y tiene un timbre conservador, integrista, fundamentalista. Incapaz de dialogar con la cultura y con el saber, habitualmente se expresa de dos modos: o se encierra en sí misma proclamando el evangelio como *escándalo* y alabando la *paradoja* como dimensión constituyente del creer, casi deleitándose en la propia total alteridad respecto a la vida real; o bien intenta elaborar el saber ella sola y pretende definir lo que es conforme a la *recta razón*, por ejemplo, cuáles son el inicio y el final *naturales* de la vida, cómo hay que combatir el sida y, cómo no, cómo hay que enseñar la educación sexual en las escuelas, y así sucesivamente (véase en este sentido el discurso de Benedicto XVI al cuerpo diplomático del 10 de enero de 2011). La triste realidad es que el crecimiento de la religión se da, por lo general, en contraposición a la cultura contemporánea, se convierte, a veces, en refugio identitario contra la inseguridad generada por el enorme crecimiento del saber y la tecnología a disposición del hombre.

Que existen buenos motivos para tener miedo de la fuerza tecnológica alcanzada por el hombre, unida a una debilidad sapiencial que a menudo desarma, es un dato real a la vista de todo el mundo. Los avances de la ciencia y de la tecnología obligan a hacerse preguntas sobre la identidad humana y sobre los escenarios futuros de la que algunos ya llaman la era del *post-humanism*. ¿De verdad estamos entrando en ella? ¿Es justo hacerlo? ¿Es racional que lo *human* produzca lo *post-human*? Y si es así, ¿qué va a ser de lo humano, del sentimiento y de la pasión de ser hombres, de la más preciada peculiaridad, única en todo el universo conocido, que es la libertad? No tengo posibilidad alguna de verificarlo, pero creo que el anuncio de Craig Venter, el 20 de mayo de 2010, sobre la creación de la primera forma de vida artificial suscitó en el mundo más oscura inquietud que luminosas esperanzas. El sentimiento de un mundo que resulta cada vez menos hospitalario

hace crecer en los seres humanos el deseo de religión en cuanto *otro mundo*.

Desde su nacimiento, la religiosidad contemporánea se encuentra marcada por el conflicto con *este mundo* y con el saber que este produce, con la consecuencia casi inevitable de generar a su vez miedo y hostilidad respecto a la ciencia, la técnica, la economía y a veces, incluso, respecto a las otras religiones, consideradas a su vez como una amenaza por ser diferentes. En efecto, nunca faltan persecuciones de fieles de una religión por parte de los fieles de otra religión. Así, el crecimiento del progreso tecnológico va acompañado del aumento de la inestabilidad emotiva que generan las religiones, y el crecimiento de las religiones va acompañado del crecimiento de la desconfianza hacia todo lo nuevo y diferente: las religiones, que nacen de la inestabilidad, contribuyen a su vez a incrementar la inestabilidad, en un círculo que no es precisamente virtuoso y que puede tener consecuencias muy negativas para nuestras vidas (inevitable hacer referencia al 11 de septiembre de 2001 y a todo lo que subsiguirió).

En conclusión, una vez corroborada la ambigüedad del fenómeno religioso y ratificado el deber de toda persona responsable de promover en su interior las fuerzas positivas y dialógicas, me parece que la religión es hoy el único pensamiento fuerte políticamente significativo que queda, entendiendo por pensamiento fuerte la energía intelectual que, además de llenar la mente, toca la vida, calienta el corazón, alimenta la pasión, mueve a los pueblos. Por eso la religión es en la actualidad, para bien y para mal, la principal fuente de la identidad, no solo en el ámbito geopolítico, sino también personal. Lo es incluso para quien la rechaza. Significativamente, un no creyente como Eugenio Scalfari tituló su autobiografía *L'uomo che non credeva in Dio* (El hombre que no creía en Dios), una manera de definirse a sí mismo de forma negativa en referencia a la dimensión religiosa.<sup>1</sup>

## UNA CIVILIZACIÓN SIN RELIGIÓN

La consecuencia de una religión sin cultura es una civilización sin religión, es decir, sin cohesión interna. Si durante siglos Occidente vio cómo su propia civilización se enriquecía y permanecía unida gracias a

1. Eugenio Scalfari, *L'uomo che non credeva in Dio*, Turín, Einaudi, 2008.

la aportación del cristianismo, actualmente ya no es así: hoy el fermento espiritual del cristianismo ya no consigue penetrar en la pasta del mundo, y esta pasta no puede persistir sin levadura. Estoy diciendo, a modo de metáfora, que el mundo, carente de religión, se descubre sin cohesión interna, aplastado por una única dimensión, a merced de un egoísmo que solo sabe calcular, muy próximo al cinismo, a veces a la desesperación.

Así se expresa un personaje de una novela de Singer:

Estos son los valores de nuestra cultura. Todo son homicidios, mentiras, fornicación. Compró un periódico y está lleno de masacres y prostitución. Pongo la radio, abro un libro, y allí están otra vez [...] en el teatro, en el cine, se mire por donde se mire. Lo que llaman arte es una porquería de la misma calaña que la bazofia que dicen que es literatura. La alta sociedad y los bandidos viven de la misma forma. Jueces y criminales se sientan en los mismos locales nocturnos para escuchar las mismas obscenidades. Se casan, y a los dos días marido y mujer se van a ver una comedia que pone en ridículo a un cornudo. La cultura moderna es una maraña de sadismo. Ha generado el nazismo, el comunismo y todo lo que es malo.

El interlocutor le pregunta: «¿Y la ciencia?». Respuesta: «Está al servicio de los asesinos y justifica masacres de todo tipo. Esta es la verdad». La conclusión: «Lo que llamamos cultura americana o europea, en realidad es la cultura de los bajos fondos. Se basa en el principio de la gratificación inmediata. A pesar de todo su lenguaje florido, esta cultura solamente reconoce un poder: el poder».<sup>1</sup>

Quizá el personaje de Singer exagera un poco, pero no hay duda de que es necesario recuperar la alianza entre Occidente y la dimensión religiosa. No solo está en juego el cristianismo, sino nuestra civilización. Lo que quiero decir es que aunque, por un lado, sin un acuerdo con la ciencia y la filosofía la religión no estará a la altura de la dignidad intelectual que corresponde a una persona responsable (quien es sinceramente religioso pero es incapaz de dialogar con la cultura para justificar sus propias ideas, está inevitablemente destinado a ser un ingenuo o a resultar sectario y agresivo), por el otro, una civilización tecnocrática carente de la aportación sapiencial de la religión nunca

1. Isaac Bashevis Singer, *Ombre sull'Hudson* [1958], (trad. Mario Biondi), Milán, Longanesi, 2000, pp. 493 y 597-598.



será capaz de producir y sostener aquella ética, basada en el principio de responsabilidad capaz de unir a los hombres, que nuestro tiempo necesita tan urgentemente. Sin religión, una ética y una espiritualidad sin duda son posibles entre individuos a nivel particular, pero no a nivel de la sociedad y de pueblos enteros. Intuyendo la necesidad de esta armonía entre ciencia y sapiencia, Einstein pronunció estas célebres y luminosas palabras: «La religión sin la ciencia está ciega, la ciencia sin la religión, coja».<sup>1</sup> Unos años antes, otro gran hombre de ciencia, Alfred North Whitehead, había escrito: «Si consideramos lo que representan para la humanidad la religión y la ciencia, no es exagerado decir que el curso de la historia futura depende de las decisiones de nuestra generación sobre sus relaciones [...] estamos frente a las dos fuerzas generales más intensas que influyen en los hombres».<sup>2</sup>

## DIEZ PREGUNTAS, VEINTE RESPUESTAS

Me parece que ahora está aún más claro el problema destapado en el metro de Nueva York. ¿De qué pregunta, Dios es la respuesta? Si no se aclara la pregunta, la respuesta «Dios» puede convertirse simplemente en uno de tantos instrumentos de poder ideados por la política para mantener mansos y unidos a los pueblos, o uno de tantos entretenimientos cultivados por los seres humanos para no aburrirse en el tiempo libre, o un psicofármaco de la mente, tal vez algo anticuado pero

1. La frase (en el original inglés: «Religion without science is blind, science without religion is lame») procede de una intervención en 1941 en el simposio «Science, Philosophy and Religion», publicado por la Conference on Science, Philosophy and Religion in Their Relation to the Democratic Way of Life, Inc., Nueva York, 1941; ahora en *Mis ideas y opiniones* (trad. Ana Goldar), Barcelona, Bon Ton, 2000, p. 40. Este es el contexto más amplio: «Pero la ciencia solo pueden crearla los que están profundamente imbuidos de un deseo profundo de alcanzar la verdad y de comprender las cosas. Y este sentimiento brota, precisamente, de la esfera de la religión. También pertenece a ella la fe en la posibilidad de que las normas válidas para el mundo de la existencia sean racionales, es decir, comprensibles por medio de la razón. No puedo imaginar que haya un verdadero científico sin esta fe profunda. La situación puede expresarse con una imagen: la ciencia sin la religión está coja; la religión sin la ciencia, ciega».

2. Alfred North Whitehead, *La ciencia e il mondo moderno* [1926] (trad. Antonio Banfi), Turín, Bollati Boringhieri, 2001, p. 197.

todavía bastante utilizado y con algunos efectos placenteros. En este sentido, hay quien sostiene por ejemplo que la práctica de la fe disminuye los estados de ansiedad, reduce la frecuencia respiratoria, mejora la oxigenación de la sangre, normaliza la tensión arterial, regulariza el ritmo cardíaco y tiene otros efectos beneficiosos a nivel físico.<sup>1</sup> ¿Será verdad? Creo que sí, pero también creo que también se pueden dar los mismos efectos beneficiosos sobre el organismo en un ateo sereno que se repita a sí mismo su fe negativa como un seráfico mantra: «dios no existe, dios no existe, dios no existe», y su angustia por los pecados mortales y los juicios futuros se desvanece, su respiración se vuelve más profunda, la sangre se oxigena mejor, el corazón late con regularidad. Ya Epicuro, en el siglo III a. C., afirmaba que si se quiere vivir bien es mejor no dedicarse demasiado a pensar en los dioses, que estaban tranquilamente en el Olimpo sin hacer caso a los seres humanos. Nunca podrá ser nuestro bienestar físico o social lo que constituya la pregunta de la que Dios sería la respuesta. Es más, para algunos fanáticos religiosos una buena cura a base de dudas escépticas y confutaciones racionalistas sería ideal, tanto para su salud física y mental como para la de los que tienen alrededor.

Por lo tanto, vuelve el interrogante: *What was the question?* ¿Cuál era la pregunta? O mejor dicho, ¿cuál es la pregunta a la que Dios debería ser la respuesta?

Lista de las posibles preguntas cuya respuesta puede ser Dios:

1. ¿Cuál es el sentido de la vida?
2. ¿Quién creó el mundo?
3. ¿Quién se encuentra en el origen de la fina sintonización entre las constantes del universo que ha hecho posible que se origine la vida?
4. ¿Quién gobierna el mundo haciendo que la naturaleza y la historia progresen de forma evolutiva?
5. ¿Quién representa *id quo maius cogitari nequit*, «aquello de lo que no se puede pensar algo más grande», que ha conquistado la mente de algunos de los más insignes filósofos?
6. ¿Quién nos enseña cómo vivir para ser realmente felices?
7. ¿Quién se reveló en la historia venciendo las tinieblas del género humano?

1. Cfr. Harold G. Koenig, *Medicine, Religion and Health*, West Conshohocken, Pensilvania, Templeton Foundation Press, 2008.

8. ¿Quién murió por nosotros revelándonos un amor que el mundo no conoce y venció la muerte con su resurrección?

9. ¿Quién está siempre presente en nuestro espíritu de modo que nunca estamos solos?

10. ¿Quién nos puede salvar de la muerte y satisfacer nuestro deseo de vida?

A todas estas preguntas, y a otras que se podrían formular, se puede responder «Dios». Pero basta reflexionar para ver que admiten también respuestas completamente distintas.

1) Si para uno el sentido de la vida es Dios, para otro puede ser la investigación científica, el arte, el placer, la aventura, la riqueza, la justicia, el poder, la sabiduría, o bien todo eso junto en una veleta de significados sin más sentido que su propio girar.

2) Si para uno el mundo solo lo puede haber creado Dios, para otro el mundo se ha creado por sí mismo en un proceso de creación y de generación espontánea.

3 y 4) Si para uno la naturaleza y la historia tal como los ve son la manifestación de un orden que remite necesariamente a un Ordenador, para otro son la prueba de un desorden y de una injusticia tan enormes que incluso sería mejor que Dios no existiese, puesto que, de existir, habría que iniciar un juicio de Núremberg a escala cósmica.

5) Si para uno la idea de un ser perfecto implica necesariamente su existencia porque de otra manera no sería perfecto, para otro se pueden tener todas las ideas que se quiera, incluida la de tener los bolsillos llenos de dinero, pero si los bolsillos están vacíos, vacíos se quedan; ejemplificación de la objeción de Kant al argumento ontológico de la existencia de Dios formulado por san Anselmo y asumido por Descartes, Leibniz y Hegel, objeción según la cual «cien táleros reales contienen algo más que el mero concepto de los mismos», es decir que no basta con pensarlos para que existan.<sup>1</sup>

6) Si para uno la revelación de Dios es la vía hacia la moral más pura, para otro la moral tiene un fundamento completamente autónomo, es más, hacer el bien porque lo ordena Dios es menos meritorio que hacerlo solo por amor al bien.

1. Immanuel Kant, *Critica della ragion pura*, B 630, A 602 [1781], edición italiana al cuidado de Pietro Chiodi, Turín, Utet, 2005, p. 483.

7) Si para uno la revelación judeocristiana contenida en la Biblia es el testimonio de la atención particular de Dios por el género humano, para otro la Biblia es uno de tantos libros sagrados de la humanidad con algunas páginas interesantes, otras aburridas y otras incluso inmorales.

8) Si para uno Jesús es el hombre perfecto, el hijo de Dios encarnado de la misma sustancia del Padre, que dio voluntariamente su vida por nosotros destruyendo el pecado y que resucitó de entre los muertos venciendo la muerte, para otro es solo uno de tantos profetas y sabios de la humanidad con ideas y gestas dignas de interés, que no quería en absoluto morir pero fue asesinado por los poderosos de entonces. En cuanto a su resurrección, en el mejor de los casos se trata de una auto-sugestión de algunas mujeres transmitida a sus discípulos.

9) Si para uno Dios está tan cerca que lo siente, le habla, le cuenta lo que hace, le pide ayuda en cualquier circunstancia y Dios le calienta el corazón y él efectivamente jamás está solo, para otro la realidad es solo el silencio divino frente a las dramáticas peticiones de ayuda y a la muerte de los inocentes.

10) Si para uno Dios es aquel que tomará su alma entre sus brazos en el momento de morir y la conducirá a su reino de gozo infinito, para otro la muerte es el final de todo, sin querer que sea el inicio de algo más.

Pienso pues que para todos está bien claro lo difícil que resulta responder a la cuestión de cuál es «la pregunta» a la que *Dios* sería la respuesta. Y no es un problema de poca importancia, porque, como escribió un filósofo laico con fuerte sentido espiritual como Benedetto Croce, «una institución muere cuando ya no satisface ninguna necesidad, o a medida que merma la cantidad de necesidades que satisface».<sup>1</sup> Esto vale también para la religión y para Dios, para el sentimiento y la visión del mundo, para la filosofía de vida, contenidos en el pensamiento acerca de la religión y de Dios.

1. Benedetto Croce, «Perché non possiamo non dirci "cristiani"» [1942]; en *La mia filosofia*, Milán, Adelphi, 1993, p. 46.

Título de la edición original: *IO E DIO. Una guida dei perplessi*  
Traducción del inglés: Coral Romà  
Edición a cargo de Gabriela Pérez del Pulgar

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2013

© Garzanti Libri s.p.a., Milano, 2011  
© de la traducción: Coral Romà, 2013  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B. 32367-2012  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-59-9  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5385-6  
N.º 34264

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)